

Entre relojes y tormentas – Lucirene Fuentes

No había parado de llover. El cielo se había tornado gris, iluminado por relámpagos que rompían la formación de nubes. Podía escuchar el viento azotar las ventanas, mecer las cortinas. El agua se escurría sobre el cristal, deslizándose dentro del edificio por aquellas partes rotas por el tiempo y algún que otro niño jugando cerca. Tal como aquel día, tal como el día en que la joven Alicia desapareció.

En la distancia podía escuchar el gran reloj en la recepción mecer la gran campana, a las agujas moverse, tratando y fallando de llevar el ritmo que el torrente de agua había establecido. El reloj en su bolsillo, por su parte, repicaba contra su estómago, lento y sereno.

Sin darse cuenta, también se dejaba llevar. Sus pisadas, el empujar de las puertas e incluso el débil tambaleo de su linterna seguían esa melodía, la de la lluvia cayendo sobre el techo, la del viento agitando los árboles y sacando todo de su lugar. Incluso si fuera la decisión equivocada, sería tonto irse ahora.

La policía no había logrado obtener una orden de allanamiento y la actitud de los residentes del pequeño pueblo tras las montañas había hecho que perdieran todo interés en continuar su investigación. Poco a poco, Alicia quedaba en el olvido, todavía en aquel limbo, muerta y viva a la vez.

Se detuvo, su agarre en la linterna más fuerte, su piel erizada. Su mirada se posó al pie del piso anterior. Esperó por un minuto, tratando de discernir entre todos los sonidos cuál era el que le hizo detenerse, el que hizo a su corazón acelerarse, a su respiración cortarse.

Sacudió su cabeza. No, no podía echarse atrás todavía.

Con su mano libre, buscó en uno de los bolsillos de su abrigo. Allí, junto al reloj de plata, escuchó el tintineo de ambos metales chocando y extrajo una pequeña llave.

Las pistas escaseaban, la información no llevaba a ninguna parte y los residentes del pueblo se cohibían de hablar, les seguían con la mirada, les evitaban o esquivaban sus preguntas. Había un aire tenso en sus calles, cierto desdén en sus ojos y ni un lugar al que pudieran ir sin encontrarse con uno de ellos. Ni siquiera sabía cómo había logrado colarse en el edificio.

Su mano se cerró sobre la llave. Esa era su última pista. Su única pista.

Era cierto que en aquel lugar la mayoría se rehusaba a hablar, incluso sus padres habían escatimado detalles luego de un par de visitas, sus miradas furtivas, manos temblorosas. Sin embargo, entre todo ello, una anciana se había aparecido en la estación.

Usaba una bufanda alrededor de su cabeza y un gran sombrero que ensombrecía la parte superior de su rostro. Cabizbaja, la mujer llevaba un lapicero que balanceaba entre sus dedos. No dejó un nombre, no dio explicaciones, tan solo dijo “Por favor, encuentren a Alicia” y se fue, dejando una pequeña llave en el lugar donde se había sentado. Al caso cerrarse de repente y el capitán rehusarse a darle explicaciones, Rosa no había tenido más opción que tomarla e ir a visitar el lugar por su cuenta, sin importar el riesgo.

Resolló. El reloj en el recibidor marcaba las doce, una gran campana resonando a lo largo del edificio y llegando hasta donde se encontraba. No podía perder más tiempo.

A momentos los escalones parecían alargarse, las campanas, el viento chocando contra las paredes y sus propios pasos lentos, como si estuviera experimentando la vida en cámara lenta. Podía escuchar también, más claramente esta vez, a las agujas del reloj en su abrigo moverse, podía sentir cómo su cuerpo reaccionaba al mecanismo en su interior, haciéndole estremecer.

Las pocas luces que todavía funcionaban titilaron, lo intenso de su luz cegándola por un momento, hasta que por fin el constante prender y apagar hicieron que el foco estallara, dejando pedazos de vidrio ennegrecido caer al suelo. Una cadena de estallidos le siguieron, truenos y relámpagos creando una cacofonía que aturdía cada uno de sus sentidos.

Sus botas hicieron al vidrio crujir, pero no reparó en el sonido, ¿cómo iba a hacerlo con todos los otros que clamaban por su atención? En su lugar, iluminó la pared del nuevo piso al que había llegado.

El papel tapiz había sido desgarrado en varias secciones, manchas negras y otras amarillas en lo que antes había sido un patrón de selva tropical. Pendiendo de un clavo a punto de caer, un singular número. Cuatro.

Sus dedos trazaron las pequeñas hendiduras en la llave, de repente más afilada, más fría, más suave.

Caminó, determinada. Ignoraba los débiles suspiros, los haces de luz que de repente ofuscaban su visión, los pedazos de madera que mantenían las otras puertas cerradas. El aire empezó a enfriarse, su cuerpo tenso le rogaba se detuviera.

Apretó sus dientes, ignoró las campanas, a las agujas moverse más rápido, al mecanismo del reloj repicar dentro de su cabeza.

Casi no podía sentir los pequeños cortes en sus dedos mientras acomodaba la llave entre ellos, su mirada fija en el cerrojo. La luz de la linterna se tambaleaba. La letra ‘C’ sobre la puerta cayó frente a sus pies. Sintió a su corazón detenerse cuando giró la llave, su respiración cortarse. Aquel pedazo de madera chirrió un instante para luego deslizarse con lentitud, hasta que por fin Rosa pudo ver su interior.

La llave cayó al suelo, el reloj se detuvo.